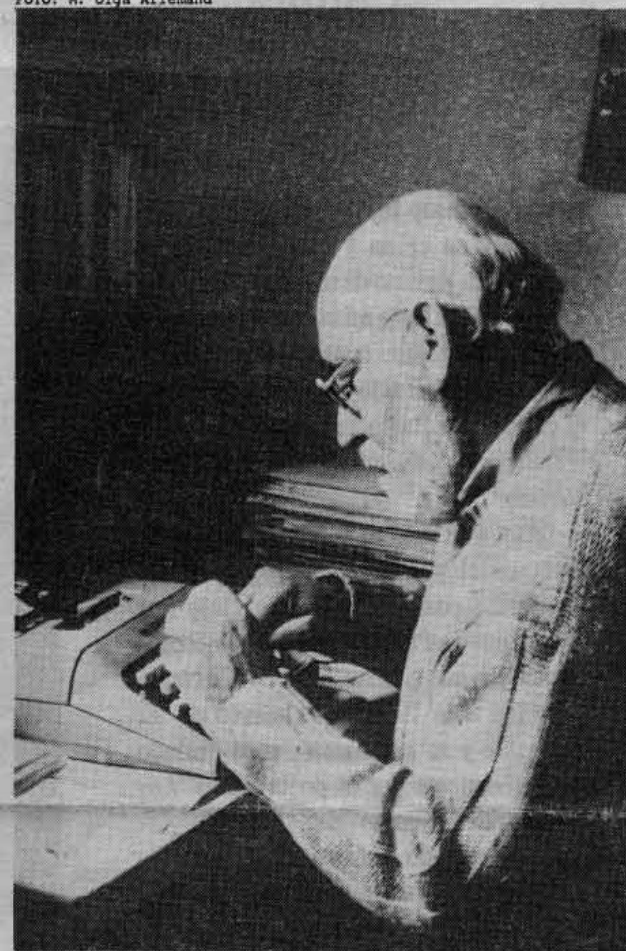


RADRIGAN y la ira

FOTO: M. Olga Allemand



Muchas veces el título de la obra de un autor acierta más en la descripción de ésta que mil palabras. Sucede con la última creación del dramaturgo Juan Radrigán, "Isla del porfiado amor", que se presentará en la reconstruida sala Novedades (Cueto 257).

Radrigán nació en Santiago en 1937 y no posee estudios regulares. Comenzó tardíamente su carrera como dramaturgo -estrenó su primera obra en 1970, "Testimonio sobre las muertes de Sabina"- y ha producido 17 obras, la mayoría estrenada por su propia compañía El Telón.

En un medio teatral donde los dramaturgos son escasos, Radrigán cimentó una de las poéticas más sólidas de la literatura dramática chilena.

¿En qué pie se encuentra el teatro nacional?

"Curiosamente está en un momento muy parecido a los años posteriores al golpe, donde nadie se atrevía a decir lo que pasaba y nadie sabía muy bien lo que pasaba. Y eso se nota en la cartelera actual: el péndulo va de obras clásicas a obras de humor. Ese péndulo ya parece estar agotado porque hay total ausencia de obras que reflejen la contingencia".

Este no atreverse ¿es lo que provoca este alud de teatro visual?

"Exactamente. Es un teatro donde la palabra arranca como de la peste, ella parece estar prohibida. Se oculta tras una máscara. Es claro que a mí me encantan los trabajos de un Andrés Pérez o del Teatro del Silencio de Mauricio Celedón. Pero lo malo es que esta moda la siguen otros grupos por inercia. Además, tanto zanco y

máscara provoca que muchos actores, de mayor edad, queden fuera, imposibilitados de trabajar".

Carencia de palabra y teatro sólo de imagen, entonces cabe preguntarse, ¿qué hay detrás de todo lo que hoy los chilenos ven?

"Hay sólo mentiras enfundadas en el hecho de entretener, nada más. Todos o la mayoría de los espectáculos son una linda sucesión de cuadros hermosos donde late una especie de terror a la verdad. Y esto no es gratuito, hay un deseo de no querer asumir los 17 años de terror que vivimos".

Si no estamos en tiempos de lucha frontal, ni protestas de barricadas, ni tampoco hay, en su opinión, reconciliación. ¿Qué camino queda?

"Escribir, sólo eso podemos hacer ya que estamos en la época de los consensos. O hacemos un gran acuerdo para declararnos indignos o decididamente avanzamos en decir la verdad. Siempre tuve la esperanza de que fuera la prosa el género que diera cuenta de nuestro pasado pero lamentablemente no ha ocurrido".

Paradoja, ya que si hay un género que ha reverdecido es la prosa...

"Sí, pero los chilenos somos malos para la prosa. Sacando a Donoso y unas páginas de Edwards, la novela chilena es tísica y romántica, me suena provinciana, carente de coraje".

Siendo usted militante y dramaturgo ¿por qué no escribe un texto que hable de nuestro pasado?

"Le confieso que me cuesta. Lo importante es encontrar la forma para esos contenidos. Hay un hecho importante que es la universalidad, el punto en que hay que

encontrar tantos testimonios, de los que ya hay muchos y muy mal escritos".

¿Cómo ve los teatros universitarios?

"El que parece avanzar y retroceder permanentemente es el de la Universidad de Chile. Parecía que iba a intentar rumbos nuevos, pero no. Acaba de montar "Tío Vania" con las mismas caras de siempre. En cambio el de la Universidad Católica me parece más exigente, más serio, los jóvenes tienen su espacio y anualmente realizan un concurso para dramaturgos".

¿Cómo es su relación con este nuevo dios que es el mercado, desde la perspectiva de una compañía independiente como la suya?

"No me incomoda el mercado. Yo uso todos los espacios posibles para mis obras. Por ejemplo, ahora estoy escribiendo una ópera con el músico Patricio Solovera. La queremos presentar en el Teatro Municipal con una entrada de 300 pesos. ¿Qué le parece?"

Buena idea.

Por estos meses muchas salas aparecen vacías. ¿A qué se debe esa pobreza?

"A que el teatro que se muestra hoy no refleja nuestra realidad y cuando la gente no se ve en escena responde con ausencia".

Esto sería, entonces, una especie de reclamo silencioso.

"Claro. Vea los títulos de los teatros. La única excepción es la de Egon Wolff que trabaja muy bien la palabra y su última

obra, "Invitación a cenar", la vio mucha gente. Otro punto que importa es que la gente no quiere ver tragedias".

Leyendo su teatro da la impresión que lo limita o asfixia estar ligado casi obsesivamente a personajes marginados.

"Quizás, puede ser que me limite. Si yo necesitara ampliar el espectro de personajes y temas, lo haría".

Hablemos de la llamada "vanguardia", lo que hacen directores como Vicente Ruiz, Benjamín Calemiri y Gregory Cohen.

"Para mí son tendencias pasajeras hechas por una generación que quedó afuera. Pero no niego que hay cosas interesantes como las que hacen Galemiri y Cohen".

¿Qué le falta al teatro para estar a la altura de la historia?

"Coraje y esa ira sana que hay que tener en el corazón para poder decir la verdad" ●

CARLOS MELLA